

¿Dónde está la poesía?

*En mi silencio a veces aflora fugitiva una palabra tuya,
húmeda de tu aliento. Aurelio Arturo (Nodriza).*

Por **Alexánder Sánchez Upegui**
Comunicación Social
Fundación Universitaria Católica del Norte
asanchezu@ucn.edu.co

Contenido

- A manera de preámbulo: advocación.
- ¿Lo que buscamos estará en nosotros?
- Cuando se acaban las palabras...
- La paz de los géneros.
- Recuperar el vínculo esencial.
- No sólo las palabras del mago...
- Crecer hacia atrás: memoria e infancia como brújulas.
- Hay otros mundos, pero en este.
- Me asomo a tus ojos para ver el universo.
- La belleza, un hallazgo.
- La imaginación se reviste de normalidad.
- Y al final encuentras que todo era como al comienzo.
- Bibliografía.

Resumen

Voces como las de Bachelard, Fernando González, Aurelio Arturo, Robert Graves, Whitman, Octavio Paz, entre muchos otros, conforman una polifonía que intenta acercarnos o sugerirnos una respuesta provisional con respecto a la poesía.

Se hace referencia a una potencialidad poética subyacente en todas las personas, la cual emerge por medio del amor, la infancia, el poema, la imaginación, la belleza, la mirada y la ensoñación. También, se alude al estado actual de las relaciones entre el ser humano y el mundo. Se plantea, de acuerdo con el ensayista colombiano William Ospina, que el universo se dirige hacia algo y que el hombre y la mujer son parte de ese tránsito.

A manera de preámbulo: advocación

Te busco en la ciudad cruzada por un silbido hondo y lejano, sobre los muros rojizos a la hora del crepúsculo, en los rincones de ceniza húmeda, junto a extraños o por calles desoladas.

Te busco en las silenciosas hileras de pájaros posados en las azoteas de los barrios olvidados, entre sombras y recuerdos, allí donde no cesa de regresar tu nombre a mis labios como el murmullo de una lluvia constante.

Te imagino, al igual que una luna solitaria en el invierno, con la frente apoyada tras los ventanales mirando en la soledad los goterones que golpean la tierra como salivazos, mientras los astros del frío revientan en los tejados.

Te busco en el resplandor de las estrellas sumidas en los charcos, cuando toda el agua desciende desde los cielos al anochecer, cuando los cazadores regresan vestidos de pieles, en las casas que crecen sobre tumbas y en oscuras praderas vedadas por el temor; más aún, te busco en la infancia, país eclipsado por la alegría, pero...¿dónde estás poesía?

¿Lo que buscamos estará en nosotros, en nuestra capacidad de crearlo, de inventarlo?

La manera de formular una pregunta¹ es importante puesto que ello especifica las respuestas. Si alguien pregunta: ¿dónde está la poesía?, sin duda está sugiriendo una respuesta que indica mirarla como algo que precisa de una localización. De modo que es necesario enfrentar la pregunta, *pero haciéndolo de soslayo, sin mirarla directamente, para no condicionar la respuesta.*

¿Cómo empezar?, tal vez hablando (aunque sea de manera fragmentaria y genérica) del amor, *esa permanente reconciliación en la que el gesto de un ángel aparece en tu rostro*, para dejar que surja algo que pueda admitirse como una respuesta o una evanescencia de la pregunta.

Cuando se acaban las palabras, se acaba el amor mismo

Afirma el biólogo Humberto Maturana que la emoción fundamental que ha hecho posible la historia evolutiva es el amor, cuyo espacio se encuentra en el lenguaje como un acto de aceptación recíproca o de “relaciones consensuales” que son también un dominio de la acción: “cuando recorro tu cuerpo yo soy el delirio con dedos de cristal”. En efecto, el amor es también erotismo y así se comunica con las fuerzas más vastas y profundas de la vida, (PAZ. 1994, p.203-221).

La paz de los géneros

En el ámbito de lo masculino y de lo femenino las palabras han sido creadas hombre y mujer². Así, en incansables sueños la luna y el espejo se buscan; la hoja del árbol y el pliego del libro se anhelan; al final del crepúsculo la floresta y el bosque se reclaman; la nube y el trueno se encuentran frente a las estrellas, y fundidos descienden en un abrazo de agua luminosa sobre el mundo; las lágrimas y el llanto se miran, y en la noche creciente una palabra siembra en los sueños su vasto resplandor: esa palabra es el amor.

Sí, el amor todo lo reúne, es el encuentro de las formas, y es la paz de los géneros, puesto que un hombre y una mujer dialogan en la soledad del Ser.

¹ Las preguntas de calidad tienen un efecto multiplicador en la experiencia vital. Formule una pregunta en busca de información y sólo obtendrá una respuesta o un hecho; lance una pregunta en busca de comprensión, y desatará una cadena poderosa de acontecimientos. BELL, R. Chip. El Gerente como Mentor. Ed. Norma, p. 84., citado por MORA, Martha Cecilia. La tarea del docente. En: Revista Virtual Universidad Católica del Norte. No. 14 (febrero-mayo, 2004). Disponible en: <http://portalucn.ucn.edu.co/portal/uzine/revista/index.htm>

² La idea se toma de Bachelard: La poética de la ensoñación, S.P.I.

Este sentimiento aparece cada vez que los individuos se conducen en la aceptación de los demás como legítimos para la convivencia; no obstante, “aún no hace mucho tiempo cuando el mundo era un vidrio del color de la dicha, no un puñado de arena, te mirabas en alguien, igual que en un espejo que te embellecía”, se duele Olga Orozco en su poema *La abandonada*.

Recuperar el vínculo esencial

Precisando el contexto de la pregunta ¿dónde está la poesía?, muchos coinciden en afirmar que la llamada época “transmoderna” no busca trascender ya que vive en la superficialidad, transcurre en lo provisional, no se interesa por la ética y su mundo es el del escepticismo y el individualismo (UNIVERSIDAD DE SAN BUENAVENTURA. 1997, p.1-17). En suma, una triste historia del tiempo en la que las utopías, que dan sentido y dirección a la vida, se deslíen como una brizna de agua al descender sobre “la noche oscura y profunda de la penuria”, según el poeta alemán Novalis.

La sociedad cree pertenecer de manera fugaz a un mundo que ha venido a utilizar y a dominar: “la actual es una civilización en la que son deshonrados los principales emblemas de la poesía. En la que la serpiente, el león y el águila corresponden a la carpa del circo; el buey, el salmón y el jabalí a la fábrica de conservas; el caballo de carreras y el lebrél a las pistas de apuestas” y el bosque sagrado al aserradero. En la que la luna es menospreciada como un apagado satélite de la tierra y la mujer considerada como un objeto. En la que el dinero puede comprar casi todo, pero menos la verdad y a los poseídos por ella, (GRAVES. 1997, p.16-17).

Realmente se está perdiendo un vínculo esencial respecto al mundo: la sociedad actual concibe a la naturaleza como algo que sólo se justifica por su utilidad comercial. De ahí que se ha

llegado a creer que en verdad el agua, móvil, transparente y melodiosa fuente de nuestras vidas y de nuestros sueños, ese misterio que declina presuroso en los ríos y asciende borrosamente en vapores y se enciende en indescritibles atardeceres y se precipita en la catástrofe intemporal de las tormentas, en la voracidad del granizo, en el silencio y la nieve, que es furia mortal en los remolinos y pequeña evidencia del alma en las lágrimas, esa turbulenta y multiforme presencia de algo primitivo y fecundo no es más que H₂O, (OSPINA. 1994, p.61-69).

Desde esta visión de la época actual, la pregunta por la poesía es sin duda una inquietud de aspectos infinitos ya que obedece a razones vitales, una pregunta frente a la cual no se es libre para dar una respuesta que satisfaga únicamente al pensamiento separado de la existencia.

Es un interrogante que no se ha propuesto como el resultado de una reflexión, sino que ha surgido de imprevisto como arrojado al rostro por una realidad que busca ser nombrada y contestada, puesto que señala el camino de una búsqueda, que es la posibilidad de encontrar el sentido que subyace en todo cuanto existe.

De esta manera, una de las condiciones esenciales para soñar es el advenimiento de una pregunta, que antes que nada es el testimonio de una carencia. Hay un vacío, una oquedad, algo falta. Urge darle un sentido más profundo a la extraña experiencia de la vida, quizás por ello son necesarias las respuestas.

No sólo las palabras del mago tienen un carácter de encantamiento

La poesía es la percepción del lenguaje como portador de la vida y de la substancia de la vida; ella es una experiencia íntima de contacto con el universo, es un acto de consagración de lo común, como hace Walt Whitman: “ésta es la hierba que crece donde hay tierra y hay agua, éste es el aire común que baña al planeta”; o como canta Saint J. Perse:

“¡Oh!... tengo motivos de alabanza; y el agua más pura que en sueños, gracias, gracias les sean dadas por no ser un sueño...Y este mundo es más bello que una piel de carnero pintada de rojo”, y todo no es sino reinos y confines de destellos (PERSE. 1991, p.37-47).

La poesía es el lugar donde *se enciende la infinita pasión de los pueblos*; ella libera al ser humano de todo falso sistema de valores para permitirle establecer una auténtica relación con el mundo. Es hija del asombro, y el asombro es participación contemplativa de lo cotidiano: reemplazar ante el mundo percepción por admiración, para recibir los valores de lo que se aprecia.

En ella lo divino encuentra refugio; también, despierta al hombre y a la mujer del sueño antropocéntrico y los deja frente al universo: esa vasta comunidad de estrellas en la que todo se consume y se crea.

La poesía es imagen, trascendencia del lenguaje, síntesis del encantamiento, segunda mirada, la dueña de todos los secretos, contacto, encuentro o comunicación con lo otro; ella es, como dice el poeta Aurelio Arturo, un vuelo de palabras que revela nuestro yo, nuestra tribu, profundo espejo.

Es una de las pocas vías que puede conducirnos hacia un nuevo humanismo que ofrezca un sentido más profundo y verdadero a la vana e imprecisa materia de los actuales días, puesto que somos los ojos que ha abierto el cosmos para mirarse; ella “es el intento de decir, por medio de la palabra,

esas cosas o esa cosa que oscuramente intentan expresar los gritos, las lágrimas, las caricias, los besos, los suspiros”, indica Paul Valery.

A la razón se le ha entregado la labor de pensar, otear y comprender, pero tal vez la misión más importante de los humanos sea la de sentir, conservar y buscar. En efecto, somos una búsqueda, una perplejidad, un propósito apenas entrevisto, pero no la finalidad del mundo; es decir, el universo se dirige hacia algo y nos ha producido a nosotros como parte de ese tránsito (OSPINA. 1994, p.107-137).

En este viaje el ser humano no está solo o desvalido, cuenta con presencias poderosas como el amor, la infancia, el poema, la imaginación, la belleza, la mirada y la ensoñación; todas ellas entidades metafísicas, instrumentos mágicos o instancias donde ya no se es sino el lugar de una presencia, el santuario de las revelaciones, el retorno o el nacimiento a lo mejor de la humanidad misma.

Crecer hacia atrás: la memoria y la infancia como brújulas

La infancia es una presencia soñadora y una posibilidad del ser. Así, en el alma permanece una fuente pura de lo primigenio, una secreta sinuosidad por donde corre el agua inicial, al margen de la historia familiar y escondida a los demás, en la que debemos sumergirnos para encontrar mundos deslumbrantes.

Aunque el ensayista y crítico literario, Conrado Zuluaga, al referirse a la más reciente obra de Gabriel García Márquez (*Memoria de mis putas tristes*), afirma que “la memoria no tiene caminos de regreso”, pues “toda primavera antigua es efímera e inalcanzable, lo cierto es que la recuperación de la infancia no es *una evocación quejumbrosa y adolorida de un pasado que no volverá*, sino la resignificación de una serie de vivencias que pueden iluminar el presente, (ZULUAGA. 2004, p.34).

El poeta Aurelio Arturo recuerda con asombro infantil a “la ancha tierra cubierta con pieles de soles” y al viento vestido de follajes, puesto que en el ámbito del pasado reina la imaginación sin límites ni complejos”. Otro tanto se advierte en Vicente Huidobro:

...en mi infancia, una infancia ardiente como un alcohol me sentaba
en los campos de la noche a escuchar la elocuencia de las estrellas
y la oratoria del árbol. Ahora la indiferencia nieva en la tarde de mi
alma.

Sin duda alguna, “el retorno al espíritu confiado, inocente, desposeído y simple de la niñez es el camino de la unificación que da la paz” (RESTREPO. 1995, p.267-339)³.

La infancia es el lugar del individuo tocado por la gloria de vivir: sumergido en una noche de peces y de flores sentías la ebriedad de una época asistida por la luna, perdido entre las vegetaciones del sueño descubrías los remotos signos de la alegría en las alas de los insectos venenosos y en el agrio sabor de los frutos verdes; o, como dice Perse:

...y todo no era sino reinos y confines de destellos. Y subían los rebaños; las vacas olían a guarapo...los vientos, las torcaces y la gata cimarrona horadaban el follaje amargo donde en la crudeza de una noche perfumada de diluvio, las lunas rosas y verdes colgaban como mangos... si no la infancia... ¿que había allí que ya no está?

Hay otros mundos, pero en este

La ensoñación es una brizna de tiempo que conoce la plenitud del alma, es conciencia de libertad mediante la imaginación, es fenómeno espiritual, metafísico; un dinamismo del alma, una voluntad creadora, un momento inefable en que algo se adormece y algo despierta en el ser humano impregnándolo de la sustancia de la felicidad.

Ella es una forma de la imaginación dirigida a lo primigenio para resignificar el presente. Constituye una actitud poetizadora del mundo, entrega ese lugar que no se encontraría, tal vez, en ningún viaje: “imaginar un cosmos es el destino más natural de la ensoñación” (BACHELARD. 1993, p.259-320).

Mediante esta actitud vital una luz de eternidad desciende sobre la belleza de un mundo prodigioso que lleva el signo de un infinito. La ensoñación convoca, despierta y presencializa al ser inmensificante que es cada uno.

Entre las brumas de innumerables días, cuando el mundo parece demasiado lejos y las aves como ebrias pavesas de sol giran en los vagos crepúsculos, el ser humano continúa su viaje, no sólo dotado de la infancia y de la ensoñación, sino de la mirada, del poema, de la imaginación y de la belleza.

³ Cfr. con Hermann Hesse, quien en *El lobo estepario* dice: “El camino hacia la inocencia, hacia lo increado, hacia Dios, no va para atrás, sino hacia delante; no hacia el lobo o hacia el niño...” 1998 Alianza Editorial, pág.75.

Me asomo a tus ojos para ver el universo

La mirada es una metafísica de la luz, un principio cósmico, un gesto de acogida y de reconocimiento. O lo que es lo mismo, el ser humano cree que entre él y el mundo existe un intercambio de miradas, como la mirada del amado y de la amada.

No hay en el mundo un fuego más intenso que el de una mirada, a través de ella se expande la luz del alma sobre lo existente. En este sentido el agua ofrece una manifestación del universo que ve, pues a la menor brisa la sustancia dormida se cubre de ojos y cada onda del estanque se expande para ver mejor. Para quien se ha hecho una mirada, sus ojos son el resplandor de la esencia humana, el eco de una estrella cuya voz dice que *jamás se ha visto de manera intensa el mundo si no se ha soñado con lo que se veía*.

En el poema se crea eso mismo que se mira, que se nombra. Es el camino que va encontrando su propio instante palabra tras palabra; también, formula su particular sintaxis cósmica, configurando una realidad poética autónoma en la cual “se está definiendo algo y algo está siendo creado, a la vez que manifestado” (TAYLOR. 1996, p.402).

En cada extensión de lenguaje poético se hace presente una jerarquía más elevada de realidad, puesto que sólo la poesía puede ser convertida en poemas, en escritura viva, en la cual presencias luminosas discurren por las espesuras del lenguaje. De esta manera, “la palabra pan, tocada por la palabra sol, se vuelve efectivamente un astro; y el sol, a su vez, se vuelve un alimento luminoso”, revela Octavio paz.

La belleza, un hallazgo

Fulgurante, de brillos inesperados, cegadora y de vastos resplandores es la belleza: “forma viva en plenitud”, vitalidad, metafísica de la vivencia, expresión del amor vivo, creación y exteriorización de una fuerza íntima.

Para percibirla es necesario disolver el alma en el mundo y contemplar con asombro, de ahí que la belleza habite en la desproporción de las formas puesto que no es un concepto, entidad cultural o simple apariencia, sino, según Fernando González, un hallazgo estético que “se realiza en la convivencia con los fenómenos vitales”, caminos a la realidad esencial donde todo es el centro del universo. De este modo, la belleza despierta en el ser humano una plenitud vital.

Recapitulando. Se ha hablado del amor, de la infancia, de la ensoñación, de la mirada, del poema y de la belleza, como presencias que le permiten al ser humano, en su búsqueda, darle forma simbólica y sensible al

universo, que es en su esencia deseo de manifestación, y también, un dirigirse hacia algo. Pero aún falta mencionar una presencia más: la imaginación.

La imaginación se reviste de normalidad

La imaginación es compañera del asombro y exigencia espiritual. Es una voluntad de ser de manera más intensa y diferente; da un nuevo sentido a las imágenes gastadas de la percepción, reinventando el entusiasmo por la novedad permanente del mundo.

Gracias a la ella el poeta se recoge en sí mismo para luego abrirse en la palabra; por ello, la imaginación no es simple fantasía neurótica: es ir un soplo más allá de nosotros al encuentro de nosotros mismos; es una de las pocas fuerzas capaces de despertar la conciencia del ser humano, pues cuanto más hoy se cerca al individuo, más lo rescata ella.

La imaginación es también el verdadero terreno de germinación científica, pues tanto el poeta como el hombre de ciencia sostienen la misma pregunta sobre idéntico silencio, y únicamente difieren en sus modos de indagación.

Gracias a ella se descubre la imagen del mundo en lo que emerge como fragmento y dispersión; es, igualmente, destrucción y deformación de imágenes, lugar donde por primera vez se encuentran las palabras, deseo de horadar la pesadez del tiempo, resignificación y nuevo sentido que infunden belleza y vitalidad a las experiencias que otorgan los días.

Y al final encuentras que todo era como al comienzo

¿Dónde está la poesía? ¿Estará en el amor; en la infancia, pozo del ser; en el poema, que llena de seres y de sueños los días; en la imaginación, voluntad de ser de manera más intensa y diferente; en la belleza, signo de la realidad esencial; en la mirada, gesto de acogida; en la ensoñación, que nos otorga la dulzura del vivir; en las oscuras vegetaciones del sueño; en la íntima fusión entre los seres humanos y el mundo; en el lenguaje, profundo espejo o en tus manos como dos nubes dibujadas en al arena...?

¿En dónde está la poesía?, dice T.S. Eliot que “no dejaremos de explorar y al final de nuestras búsquedas llegaremos a donde comenzamos y conoceremos el lugar por primera vez”.

¿Dónde está la poesía?, Dice Barba Jacob que “toda pregunta vuelve a nosotros trémula y fallida”.

¿Dónde está la poesía?:

No se oye nada.
silencio y bruma, soplos de lo arcano...
sólo el rumor de un vago viento
volando en los velámenes expira*.

¿Dónde, dónde está la poesía?:

“En la noche balsámica, en la noche,
cuando suben las hojas hasta ser las
estrellas”,
canta Aurelio Arturo**.

* Barba Jacob, Acuarimántima.

** Aurelio Arturo, Canción de la noche callada.

Bibliografía

Arturo, Aurelio. A propósito de Aurelio Arturo y su obra. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1994. p. 9-86.

Bachelard, Gaston. La poética de la ensoñación. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 1993. p. 149-217.

Bachelard, Gaston. Op. cit., p. 259-320.

Barba Jacob, Porfirio. Poesía completa. 2ed, Bogotá: El Áncora Editores, 1994. p.220.

Graves, Robert. La diosa blanca. Quinta reimpression. Madrid: Alianza Editorial, 1994. p. 16-17.

Ospina, William y otros. Diseñadores del futuro. Bogotá: S.M, 1994. p. 61-68.

Ospina, William. Esos extraños prófugos de occidente. Bogotá: Grupo Editorial Norma, 1994. p. 107-137.

Paz, Octavio. La llama doble: amor y erotismo. Barcelona: Seix Barral, 1994. p. 203-221.

Perse, Saint John. Canto para un equinoccio. Caracas: Monte Ávila Editores, 1991. p. 37-47.

Restrepo, Alberto. Testigos de mi pueblo, 2ed. Medellín: Colección Autores Antioqueños, 1995. p. 267-339.

Taylor, Charles. Fuentes del yo: la construcción de la identidad moderna. Barcelona: Paidós, 1996. p.402.

Universidad de San Buenaventura. Seminario taller “nueva era y satanismo”. Medellín. USB: 1997. p. 1-17.

Whitman, Walt. Hojas de hierba. 6ed, Barcelona: Editorial Novaro, 1975. p. 113-187.

Zuluaga, Conrado. La memoria no tiene caminos de regreso. En: Cambio, No. 590 (18-25 oct., 2004), p.34.